

“La matanza se fue haciendo cada vez más grande”.¹ Novelas sobre masacres en México (2010-2011)

“LA MATANZA SE FUE HACIENDO CADA VEZ MÁS GRANDE”.
NOVELS ABOUT MASACRES IN MEXICO (2010-2011)

José Sánchez-Carbó*

Resumen: La masacre de Allende, Coahuila, sucedió casi un año después de la de San Fernando y de la de Ciudad Mier, Tamaulipas. Estas tres atrocidades fueron cometidas por los Zetas, un grupo de sicarios y narcotraficantes fundado por exmilitares, con la complicidad de agentes del Estado y la indiferencia de otras dependencias. En este artículo, bajo el marco de la llamada ‘literatura de la violencia’, término propuesto por Dulcinea Tomás Cámara, se elabora un panorama de las novelas que han abordado o se han inspirado en tales hechos desde múltiples ángulos, generando una cartografía de sus estrategias y fines para conformar un repertorio traumático transautorial. Se revisan las representaciones literarias de masacres desde la perspectiva de una funcionaria de migración (*La fila india*, de Antonio Ortuño); un joven y un profesor (*Laberinto*, de Eduardo Antonio Parra); y un niño (*Toda la soledad del centro de la tierra*, de Luis Jorge Boone).

Palabras clave: violencia extrema; literatura de la violencia; narrativa mexicana; masacres

Abstract: The massacre in Allende, Coahuila, occurred almost a year after the ones in San Fernando and Ciudad Mier, Tamaulipas. These three atrocities were committed by Los Zetas, a group of hitmen and drug traffickers founded by former military personnel, with the complicity of state agents and the indifference of other government institutions. This article, within the framework of what Dulcinea Tomás Cámara has called literature of violence, offers an overview of novels that address or are inspired by these events from multiple perspectives. It constructs a cartography of the strategies and objectives employed by them, aiming to identify a traumatic repertoire shared across different authors. Literary representations of massacres are examined from the perspectives of a woman migration officer (*La fila india* by Antonio Ortuño); a young man and a teacher (*Laberinto* by Eduardo Antonio Parra); and a child (*Toda la soledad del centro de la tierra* by Luis Jorge Boone).

Keywords: extreme violence; literature of violence; mexican prose fiction; massacres

* Universidad Iberoamericana,
México

Correo-e: jose.sanchez.carbo
@iberopuebla.mx

 0000-0002-0624-5848

Recibido: 30 de octubre de 2023

Aprobado: 15 de mayo de 2024



1 Luis Jorge Boone (2019: 42).

El exterminio masivo y la desaparición de personas ha sido cometido, históricamente, por intolerancias raciales, religiosas o políticas, o por cuestiones coloniales e imperialistas, pero en el caso de México no ha sido así en lo que va del siglo XXI. En este sentido, la racionalidad de las atrocidades del narco debe vincularse a un sistema económico e ideológico hegemónico que pondera la mercantilización, ganancia y acumulación de riqueza y poder por encima de los individuos. Tal modelo ha generado profundas desigualdades, personas “desechables”, deterioro ambiental y violencia generalizada (París Pombo, 2017: 21-23). Esta abominable combinación, identificada como ‘necropolítica’ por Achille Mbembe, y como ‘capitalismo gore’ por Sayak Valencia, se caracteriza porque la violencia extrema se rentabiliza, se cosifica al ser humano y la acumulación de capital se convierte en un “fin absoluto que prevalece por encima de cualquiera otra lógica o metanarrativa” (Falomir Archambault, 2011: 15).

Uno de los grupos que transformó el escenario criminal y homicida en México fue, sin duda, el de los Zetas, fundado por exmilitares como un apéndice del cártel del Golfo que, cuando se independizó, se caracterizó por su crueldad y por ampliar su rango de operación criminal. Los territorios en los que mayor presencia tuvo fueron los estados de Coahuila, Tamaulipas y Veracruz (Aguayo Quezada, 2016; Aguayo y Duran, 2018). De la incontable variedad de atrocidades cometidas por la agrupación, tres masacres han sido recuperadas por la literatura: Ciudad Mier (2010), San Fernando (2010) y Allende (2011). La novela *Laberinto* (2019), de Eduardo Antonio Parra, tiene como trasfondo el asedio a Ciudad Mier, Tamaulipas, población que durante varios meses de 2010 se convirtió en un campo de batalla entre los Zetas y el cártel del Golfo, dejando un número indeterminado de muertos, una urbe arrasada y cientos de desterrados. *La fila india* (2013), de Antonio Ortuño, se sitúa

en el contexto de la tragedia de San Fernando, Tamaulipas, cuando entre el 22 y el 23 de agosto de 2010 los Zetas asesinaron a 72 migrantes. *Toda la soledad del centro de la tierra* (2019), de Luis Jorge Boone, usa como correlato la masacre de Allende, Coahuila, en la que, según datos oficiales, los Zetas quitaron la vida a 28 personas (otras fuentes hablan de 60 fallecidos y hasta 300 desaparecidos) el fatídico fin de semana del 18 al 20 de marzo de 2011. De acuerdo con Wolfgang Sofsky, la masacre se define como una “violencia colectiva ejercida contra gente indefensa” (2006: 176).

Dado que la narrativa de la violencia extrema posee características distintas de la literatura autónoma, en este artículo analizamos sus propiedades textuales (Tomás Cámara, 2017) en las novelas citadas. Asimismo, puesto que la referencia extratextual es esencial en esta tipología, resulta necesario contextualizar los hechos que recupera y reconfigura; en estos casos, la realidad está mediada por referentes textuales periodísticos, judiciales y académicos. Así:

la referencialidad con el extratexto, con el mundo de lo real, no es directa ni es [...] transparente, [por lo que] es necesario comprender los procesos de mediación para explicar la forma como se lleva a cabo la reconfiguración literaria de la realidad real (Berumen, 2021: 19).

Dulcinea Tomás Cámara, estudiosa de la literatura africana de la violencia extrema, delineó un marco conceptual aplicable a otras latitudes. Su propuesta permite analizar los alcances de este tipo de obras que, para empezar, recusan nuestras convenciones más acentuadas respecto de lo que es la literatura desde su bien ganada y conservada autonomía. Estos textos poseen características formales y de recepción propias por el contenido o el tipo de hechos narrados. Además, se expresan predominantemente mediante la novela o la novelización de acontecimientos, debido a las posibilidades cuantitativas

del género, tal como la extensión, y por la facultad de incorporar una amplia gama de registros discursivos, narrativos y argumentativos. Esta literatura, como explica Tomás Cámara, finca su proceso de producción en la disposición dilemática de los autores o autoras, que los lleva a preguntarse sobre el motivo, la forma y el impacto de escribir sobre hechos violentos según hayan sido víctimas, testigos directos o indirectos, víctimas transgeneracionales o testigos intelectuales. Dos cuestionamientos inevitables emergen durante la gestión de tales obras: ¿por qué escribir sobre esto?, ¿a quién le interesaría leerlo? En cuanto a la recepción, esta literatura “engendra conciencia empática”, por lo que es factible que convierta al lector en “portador definitivo de un traumatismo secundario y, potencialmente, en un agente activo en la reflexión, crítica y compromiso respecto del contenido y la denuncia del texto” (Tomás Cámara, 2017: 99).

Tomás Cámara identifica las propiedades textuales de la literatura de la violencia extrema en la escritura, los protagonistas, el impacto, la intertextualidad y los usos de la memoria. Para la teórica, los protagonistas, “basados en personajes reales, recreados o ficticios” (Tomás Cámara, 2017: 119), dan voz e identidad simbólica a las víctimas, restituyéndolas como personas sensibles y pensantes para sacarlas del anonimato y la esfera estadística e informativa. El impacto de esta propuesta de representación alcanza los terrenos de la historia y la política porque contribuye a conservar la memoria colectiva y llega a ser un medio propicio para la catarsis social, incluso sirve como materia de consulta en juicios. En función del proceso de creación, debido a la consulta de fuentes y las intencionalidades de su escritura, es frecuente la intertextualidad con otros discursos (histórico, sociológico, filosófico), pero, sobre todo, con violencias de otras geografías y tiempos, lo que permite al lector sentar relaciones y “paralelismos para el establecimiento de puntos de convergencia entre los errores y los aciertos del pasado” (Tomás Cámara, 2017:

133). Esta literatura, desde la transmisión de “una experiencia límite” e “incomprensible”, aporta elementos para la reflexión y la “comprensión de eventos caracterizados por una supuesta irracionalidad” (Tomás Cámara, 2017: 134). De igual modo, rehumaniza identidades fracturadas por la crueldad e invisibilizadas por la estadística, genera y se apropia de un lenguaje capaz de dimensionar la barbarie y deconstruir narrativas oficiales o normalizadas, que encubren o distorsionan los hechos, y ayuda a resignificar las narrativas de los subalternos. Es un medio de reflexión para la reconstrucción.

LAS MASACRES DE LOS ZETAS

Al decir de Sergio Aguayo Quezada, las tragedias de Ciudad Mier, San Fernando y Allende se debieron a múltiples factores, pero considera que, en general, los más importantes fueron tres: 1) Tamaulipas y Coahuila estaban controlados casi en su totalidad por dos grupos criminales; 2) tales agrupaciones, los cárteles del Golfo y los Zetas, hacia finales del sexenio de Calderón Hinojosa se enfrentaron por el dominio de dicho territorio (Ciudad Mier fue uno de los escenarios de la lucha entre ambos bandos); y 3) la complicidad del narco con las autoridades en todos los niveles fue constante (2016: 10). Tanto los policías de San Fernando como los de Allende estaban al servicio de los Zetas, de hecho, recibían un pago mensual, “unos obligados y otros por gusto” (Aguayo Quezada, 2016: 19).

Diego Enrique Osorno (2016) fue uno de los primeros periodistas en consignar la devastación de Ciudad Mier, iniciada el 22 de febrero de 2010, cuando ingresó una facción del cártel del Golfo para enfrentar a los Zetas. Juan Alberto Cedillo, por otro lado, informaba:

durante varios meses los ciudadanos de Mier vieron a los narcos quemar la comandancia de la policía y destruir viviendas sin que nadie los

detuviera. A finales de ese año, cansados del sufrimiento, tres cuartas partes de la población de Ciudad Mier [...] huyeron hacia Miguel Alemán, la ciudad vecina; otros se exiliaron en Estados Unidos (2012).

El caso de San Fernando fue conocido de forma inmediata a nivel nacional e internacional gracias a que lograron sobrevivir dos personas a la ejecución de 72 migrantes, la mayoría centroamericanos. Esta tragedia descubrió no solo el “campo de exterminio” en el que los Zetas habían convertido la zona, sino también el nivel de involucramiento de instituciones a nivel municipal, estatal y federal que lo permitieron: policías, militares, agentes de aduanas y funcionarios de migración, entre otros (Aguayo Quezada, 2016: 13). Pocos meses después, en la misma área, se descubrieron 196 cadáveres sepultados en 47 fosas comunes, un hecho que se conoció como “San Fernando 2” o la “masacre de los autobuses” (Turati, 2023: 16). Marcela Turati, en *San Fernando. Última parada*, enlista otras matanzas perpetradas por los Zetas:

establecieron zonas de exterminio —una dentro de la cárcel de Piedras Negras, donde se deshicieron de gente en hornos crematorios— [...] En 2011 mataron en un incendio a 52 personas que jugaban o trabajaban en un casino de Monterrey [...] En 2012 mataron y mutilaron a 49 migrantes, cuyos torsos dejaron tirados en una carretera de Cadereyta, Nuevo León (2023: 44-45).

La periodista añade que los narcos contaron con la colaboración y la protección de “empresarios, funcionarios y políticos de todos los niveles, incluidos gobernadores y secretarios de Estado” (2023: 43).

La masacre de Allende tuvo lugar del 18 al 22 de marzo de 2011. Solo se tuvo noticia un año después de lo ocurrido por sendos reportajes de Juan Alberto Cedillo (2012) y Diego Enrique

Osorno (2016), así como por el testimonio de un sicario zeta en una corte de los Estados Unidos (Cedillo, 2012), pero no tuvo mayor trascendencia. El gobierno reaccionó apenas cuatro años después, cuando decidió enviar peritos para iniciar una investigación. Para 2016 era noticia nacional e internacional, en principio, por la proporción de lo acontecido, pero también por la tardía reacción y negligencia de las autoridades. Ese fin de semana, alrededor de 60 zetas llegaron a Allende, población de 22 000 habitantes, para vengar una traición de sus lugartenientes Mario Alfonso Cuéllar, Héctor Moreno Villanueva y José Luis Garza Gaytán: asesinaron a 26 personas, entre familiares y amistades, y destruyeron 32 casas y 2 ranchos (Aguayo Quezada, 2016: 14). En realidad, se desconoce cuánta gente murió o desapareció. El gobierno habla de 28 víctimas, pero Sergio Aguayo contabiliza 42 y el periodista Ginger Thompson, 60 (Aguayo, 2018: 20). Juan Alberto Cedillo, en *La masacre de Allende. Crónica de un crimen de estado*, lamenta que todavía una década después de esta tragedia “sigue siendo un caso menor frente a Ayotzinapa” (2023: 194).

Algunas investigaciones recientes plantean que la violencia no solo se concentró en Allende, un sitio estratégico por su cercanía con la ciudad fronteriza de Eagle Pass, Texas, sino que se extendió a otras poblaciones, como Piedras Negras, y la región de los Cinco Manantiales, compuesta también por Morelos, Nava, Villa Unión y Zaragoza. En Piedras Negras, durante esos fatídicos días de marzo, 40 agentes fueron ejecutados (Aguayo, 2018: 16). Incluso se habla de que en estas poblaciones el número de afectados fue mayor que en Allende. Por este motivo, se hace referencia a la “tragedia del norte de Coahuila”. En toda la región, de acuerdo con Aguayo, existe la posibilidad de que ese fin de semana hayan sido asesinadas y desaparecidas entre 100 y 300 víctimas (Aguayo, 2018: 21). De igual forma, Cedillo contabiliza la desaparición de alrededor de 300 personas, entre Allende,

Piedras Negras, Monclova y la región carbonífera (2023: 191).

En general, de estos sucesos hemos tenido noticias, muchas veces vagas, a través de los medios de comunicación nacionales, porque algunos medios locales han decidido abstenerse de publicar notas sobre el crimen organizado debido a amenazas y falta de protección gubernamental (Aguayo, 2018: 33). No obstante, ante el silencio de las autoridades y la coacción criminal, ciertos periodistas han sacado a la luz tales acontecimientos, obligando a reaccionar a los distintos niveles de gobierno. Mención especial merecen las investigaciones realizadas por Marcela Turati (*San Fernando. Última parada*, 2023) y Juan Alberto Cedillo (*La masacre de Allende. Crónica de un crimen de estado*, 2023), que durante más de una década han dado seguimiento a lo ocurrido en San Fernando y Allende.

Las obras que analizamos son expresiones ante tales hechos. La realidad a la que alude este corpus está mediada, principalmente, por la información publicada en medios de comunicación que han consignado las masacres, así como por informes de organismos civiles y la consulta de archivos judiciales o gubernamentales. Esta literatura emerge de la investigación, el estudio de archivos y entrevistas a personas involucradas. La pesquisa resulta compleja porque, ante las violaciones a los derechos humanos, lo “más común es frenar, controlar o modular los flujos de información” (Aguayo, 2018: 32). No obstante, como veremos, estas novelas logran ingresar a terrenos inaccesibles para otras disciplinas y aportan elementos clave para la comprensión de esta incontenible violencia en masa.

LA FILA INDIA: “SU MÁS ENÉRGICO REPUDIO”

La reiterada locución institucional de la ficticia Comisión Nacional de Migración (CONAMI) de expresar “su más enérgico repudio a la

agresión”, concentra la ineficacia y el entramado en torno a las masacres de migrantes abordadas por Antonio Ortuño en *La fila india* (2013). Presente en las cuatro “versiones oficiales”, esta es la única respuesta ante el asesinato de centenas de migrantes, una fórmula burocrática propicia para repetirse en todos los atentados y fijar la posición del gobierno ante la opinión pública, no más.

El enunciado ficticio estremece aún más cuando se compara con el comunicado real del Instituto Nacional de Migración después del incendio de la Estancia Provisional Migratoria de Ciudad Juárez, el 27 de marzo de 2023, que tuvo como saldo 40 migrantes fallecidos y 28 heridos.² La respuesta consiste en rechazar “enérgicamente” los actos que provocaron este hecho doloroso y lamentable (INM, 2023), en el que los custodios de la estancia dejaron encerrados a varios migrantes privados de su libertad de forma injusta mientras el fuego acababa con su vida por quemaduras o asfixia. Esta tragedia en Ciudad Juárez, a su vez, se asemeja, por una funesta coincidencia, a la que plantea la novela de Ortuño, publicada diez años antes. En *La fila india*, en el albergue de la ciudad imaginaria de Santa Rita, al sur de México, también un incendio, en este caso provocado por un grupo criminal, deja “cuarenta fenecidos y decenas de lesionados” (Ortuño, 2013: 25). La desafortunada correspondencia descubre que en nada han cambiado las condiciones y el trato hacia los migrantes después de San Fernando, puesto que las matanzas siguen sucediendo. El 22 de febrero de 2021, 12 policías asesinaron e incineraron a 19 migrantes en Camargo.³ Estas situaciones exponen también “la profunda contradicción del gobierno mexicano entre la defensa de los derechos humanos de sus emigrantes en Estados Unidos y las violaciones generalizadas a

2 En dicho centro se encontraban reclusos un migrante de nacionalidad colombiana, un ecuatoriano, 12 salvadoreños, 13 hondureños, 13 venezolanos y 28 guatemaltecos.

3 Véase Gándara (2023).

los derechos de los migrantes en territorio mexicano” (París Pombo, 2017: 25).

En *La fila india*, el incendio sirve como prólogo de otros tres atentados contra migrantes. En el ambiente de terror que se vive en el albergue de Santa Rita, acribillan a una mujer de edad avanzada (Ortuño, 2013: 103); en el norte se revela la masacre de San Fernando, “con saldo [...] de ciento veinte fallecidos [...] descubiertos en el rancho denominado El Asole” (Ortuño, 2013: 123); y finalmente, en otro ataque al albergue de Santa Rita, asesinan con arma de fuego a 15 migrantes más (Ortuño, 2013: 166). Ligados a estos hechos son ejecutados, en distintas circunstancias, sicarios, funcionarios y hasta un periodista. Ante este escenario, Irma, la protagonista, critica que lo único que hace la CONAMI “ante la progresión de barbaridades” es publicar un “boletín circular y eterno que prometía acciones y solidaridades que jamás se materializarían” (Ortuño, 2013: 149).

La fila india es una metáfora de las “relaciones de poder, de la sociedad mexicana, de la vida en sí” (Cairati, 2014: 270). Destaca en ella su vocación polifónica, “una representación coral, en la que viven distintos puntos de vista” (Cairati, 2014: 271). Para Chavéz Flores, Ortuño conjuga la estética y la lógica para crear una obra comprometida que le “permite al lector conocer una variedad de peligros que los centroamericanos indocumentados enfrentan mientras se desplazan por México” (2018: 41). Coincidimos con ambas lecturas en que esta ficción, sin duda, aporta elementos de reflexión y entendimiento sobre la realidad de México.

Si bien la violencia hacia los migrantes centroamericanos ha sido frecuente desde los años ochenta, a partir de 2006 se generalizó y recrudeció porque los grupos criminales, en especial los Zetas, comenzaron a controlar las rutas migratorias para ampliar sus fuentes de ingreso. Estas zonas son un recurso, una mercancía por cuyo control pelean las agrupaciones delictivas, como

sucede en la novela con la lucha entre La Sur y Los Rojos.

Ortuño adopta el punto de vista de una pareja que se está divorciando para articular a los agentes, los discursos y las circunstancias implicados en las masacres. El autor crea dos líneas argumentales relacionadas, en principio, por la tensión entre Irma y Biempensante a causa del incumplimiento de la manutención de la hija de ambos, pero también por el vínculo que cada uno de ellos establece con dos mujeres migrantes. Por un lado, seguimos a Irma en su proceso de incorporación, adaptación y posterior renuncia a la CONAMI tras descubrir la complicidad de funcionarios con el crimen organizado. Por otro, se evidencia el racismo y la crueldad hacia los centroamericanos que personifica Biempensante.

Irma forma parte del aparato burocrático de la oficina de Santa Rita, pero se muestra sensible ante los sufrimientos de los indocumentados. Desde su óptica accedemos al entorno de las oficinas de la CONAMI: los infortunios de los migrantes; la ineficacia de las autoridades; la corrupción y complicidad entre criminales y funcionarios; el asesinato y coacción por parte de empleados, de la cual es víctima Irma; la lucha por la información del periodista que investiga y es ‘desaparecido’ con la complacencia gubernamental; la imposibilidad de realizar el trabajo con apego a una ética humanitaria; el deseo de venganza de migrantes sobrevivientes de los atentados y la reclusión.

Irma entrelaza las condiciones sociales e institucionales latentes en las masacres, empezando por una red criminal que capitaliza la vida y muerte de los indocumentados para engrosar sus filas, negociar, obtener ganancias o sabotear planes de grupos rivales (La Sur y Los Rojos). Esta red no solo la conforman traficantes y sicarios, sino también policías, conocidos en Santa Rita por extorsionar, violar, golpear y robar (Ortuño, 2013: 16); así como altos funcionarios de la delegación migratoria de la zona (el Delegado y Vidal

Aguirre). Para ellos, los migrantes representan ingresos económicos que obtienen mediante extorsión, secuestro, reclutamiento, pero también son medios para hacer declaratorias. Las investigaciones coinciden en que las matanzas son una perversa forma de enviar mensajes “para la sociedad, para el gobierno y, en gran medida, para los ‘contrincantes’” (Varela Huerta, 2017: 138). Los asesinatos en Santa Rita, producto de una disputa entre La Sur y Los Rojos, constituyen una “venganza [o] una puta lección” (Ortuño, 2013: 140).

El Biempensante, un docente que se autocalifica como “minucioso y entregado” (Ortuño, 2013: 179), visibiliza la ideología que antecede a las masacres y genocidios. Su monólogo materializa las narrativas tóxicas [que] se proponen retratar a las víctimas [...] como algo menos que humano” (Tomás Cámara, 2017: 95). El racismo es ausencia de empatía, “de identificación o de comprensión del dolor del otro”, lo que permite

su opresión y explotación (París Pombo, 2017: 36). El personaje encarna al ciudadano afín al racismo, la misoginia, la aporofobia y la xenofobia; evidencia una serie de complejos y resentimientos sociales hacia los centroamericanos y los pobres. Así, emplea a una joven hondureña indocumentada para el servicio doméstico, pero aprovecha su posición socioeconómica y la vulnerabilidad de la mujer para amenazarla, secuestrarla, esclavizarla, torturarla y violarla.

El racismo del Biempensante hacia los centroamericanos es extensivo a buena parte de la sociedad. La gente de Santa Rita, de igual forma, los mira como si fueran “vacas” o “plantas”, o de reajo (Ortuño, 2013: 22, 23). Expresiones segregacionistas de los pobladores consisten en menospreciar “los rasgos indígenas” (Ortuño, 2013: 146), aclararles el pelo a sus hijos y preferir los productos de Estados Unidos (Ortuño, 2013: 147). Y en su punto más radical se muestran indolentes “por unas zanjias, unas viles



Sin título (2025). Tinta sobre papel: Asdrúbal Max.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

masacres, unas pinches fosas comunes repletas de huesos, en su mayoría extranjeros” (Ortuño, 2013: 150).

La visión de dos mujeres migrantes sobrevivientes de la violencia extrema nos da otra perspectiva de su condenable situación en México. Yein es una muchacha salvadoreña que padeció y fue testigo del incendio del albergue de Santa Rita, un objetivo de los perpetradores. La segunda es la joven hondureña secuestrada y atormentada por el Biempensante. Ellas son víctimas de las condiciones de vida de sus respectivos países (violencia, miseria y hambre) y de los peligros que entraña el tránsito por México (miedo, violación, amenaza, extorsión). Las dos soportan otras formas de esclavitud ante la indiferencia de la sociedad (Ortuño, 2013: 146). Y ambas tienen sed de venganza. Yein asesina a un informante, a un sicario, al señor Delegado y a un policía, es decir, a los que fueron sus victimarios, “los polle-ros y quienes cobran por combatirlos” (Ortuño, 2013: 191). La chica hondureña, por su parte, encuentra la forma de huir de la casa de Biempensante, no sin antes destruirla, dejando “más daños que un huracán” (Ortuño, 2013: 209), y un mensaje escatológico contra la masculinidad de su captor.

Con estas estrategias narrativas y ficcionales, la novela expone la incapacidad institucional para salvaguardar la vida de los migrantes en su tránsito por el país; la desconfianza hacia las autoridades, su corrupción y complicidad con grupos criminales; así como el racismo y la aporofobia expresada en distintos grados en la sociedad mexicana. Con el caso de Irma patentiza la corrupción gubernamental que inhibe cualquier intento por transformar esta realidad. Además, mediante personajes indocumentados, como Yein o la cautiva de Biempensante, se “desafía al lector a interrogarse acerca de sus reacciones o comportamiento de cara a las condiciones extremas que afrontan o a las que se ven sometidos” (Tomás Cámara, 2017: 122).

CIUDADES ARRASADAS

Laberinto, de Eduardo Antonio Parra, y *Toda la soledad del centro de la Tierra*, de Luis Jorge Boone, abordan dos masacres en el marco del llamado ‘urbicidio’. La destrucción de ciudades, práctica común en el siglo XX, es una forma de “demostrar fuerza e infundir terror en los habitantes” (Perea Tinajero, 2019: 83). Dicho fenómeno no solo afecta la materialidad de las urbes, alterando su estética, sino el tejido social y las relaciones afectivas que los pobladores establecen con y en los espacios que la componen:

la caída de una ciudad desbarata su historia y, con ello, el sentido afectivo que otorgaba en las relaciones sociales. Lugares de memoria, históricos, simbólicos, etc., tienden a su desaparición. Este vacío espacial que termina en escombros pone en crisis la existencia común en todas sus dimensiones afectivas (Perea, 2019: 86).

Este tipo de violencia modifica “nuestras representaciones del mundo, el modo de cohabitar y practicar ese espacio compartido” (Báez Gil, 2019: 94). En esta línea, tanto la novela de Parra como la de Boone destacan, a partir de distintas estrategias y propósitos, cómo esta violencia ‘pone en crisis la existencia’ de sus habitantes.

Inspirada en el asedio a Ciudad Mier, cuando integrantes del cártel del Golfo y los Zetas se enfrentaron en las calles de esta población, *Laberinto*, de Eduardo Antonio Parra, ubica a dos personajes que, casi una década después de esos hechos, recuerdan los trágicos episodios que les tocó vivir en diversos momentos en su pueblo natal, otrora remanso de paz. Parra decide contar, desde una perspectiva realista, lo que siente la gente que padeció tales grados de violencia, “qué efectos ha tenido y qué efectos de destrucción emocional o psicológica han tenido estos actos” (Eduardo Antonio Parra, en Hernández

Quezada y Beltrán Pérez, 2021: 74). Así es como *Laberinto* crea una “imagen no efectista ni distorsionada de la tragedia cotidiana [...] donde las calles, las plazas, los parques, las escuelas, se han convertido en escenarios reconocibles de una lucha sin cuartel” (Hernández Quezada y Beltrán Pérez, 2021: 72).

Un profesor y su antiguo estudiante, Darío, coinciden en una cantina de Monterrey. Ambos, portadores del trauma, comparten lo que experimentaron cuando hace casi diez años dos grupos convirtieron en un infierno su pueblo, llamado paradójicamente El Edén. Son “compañeros de desgracia” que provienen “del horror” (Parra, 2019: 119). Sus recuerdos trazan un laberinto existencial, un camino confuso del que resulta difícil, sino imposible, salir. En una situación donde prevalece el trauma, el diálogo parece el único recurso para los desamparados: “la plática, la remembranza, aunque amarga, del suceso, del combate paradójico contra la memoria, que, para hacerla menos dolorosa, quizá haya que desanudarla con la palabra” (Medina Montero, 2021). Estas voces se revuelven de tal forma que, como señala Julián Herbert, “parecen por momentos confundirse y borrarse la una a la otra generando un efecto de palimpsesto cognitivo” (2022: 33).

La novela intercala tres historias. La primera corresponde a la plática del profesor y Darío en la cantina; entre el alcohol, la desesperanza y las palabras evalúan los episodios que vivieron. Se trata del encuentro de dos expulsados de El Edén, con la existencia arruinada por la violencia y la muerte de familiares y seres queridos. La segunda y tercera línea se conforman con los respectivos relatos de horror padecido por los protagonistas en distintos momentos.

La novela es la crónica de la devastación de El Edén que, como decenas de poblaciones mexicanas, poco a poco fue gobernada por el terror impuesto por los grupos de narcotraficantes hasta dejarla como una ciudad fantasma, con decenas de muertos y miles de desplazados. Este asedio inicia con desconocidos que circulan por

las calles portando armas a la vista, que luego extorsionan a comerciantes o incautan parte del salario de los docentes a cambio de protección e imponen toques de queda, hasta que aparecen “mantas plagadas de amenazas” (Parra, 2019: 76), cuerpos destrozados e hileras de cabezas cercenadas (Parra, 2019: 76), destruyen un sinnúmero de viviendas y ejecutan a una cantidad incalculable de personas.

Laberinto también retoma la polémica sobre la participación o no del ejército en la lucha contra el narco. En la novela, la violencia se reduce cuando, eventualmente, llegan las tropas a patrullar, porque, si bien hubo arrestos y combates, “también moría una mayor cantidad de gente inocente en las refriegas, desaparecieron decenas de hombres y mujeres a quienes los soldados tildaban de sospechosos, se llenaron las mazmorras de los cuarteles con chivos expiatorios” (Parra, 2019: 77). En este sentido, las investigaciones han comprobado que los militares en las calles de México “matan más que muchos de sus pares en el mundo” (Rea y Ferri, 2019: 39). De acuerdo con Daniela Rea y Pablo Ferri, según los propios registros de las fuerzas armadas, “200 militares y 2907 civiles murieron en los eventos registrados desde diciembre de 2006 hasta abril de 2014” (2019: 37).

Ni el profesor ni Darío logran olvidar la experiencia brutal. En cambio, luchan por soportar el horror perenne en la memoria. El profesor intenta huir de los recuerdos, pero son ineludibles, le rondan “la mente con incisiva resistencia” (Parra, 2019: 147). Solo el alcohol le ayuda a sobrellevarlos. Su vida se desmoronó luego del primer cerco a El Edén.

[Está] cansado, rendido, muerto [...]. Harto de nomás sobrevivir. De llevar una existencia que no es la que correspondía. La que [...] quedó truncada por culpa de otros. Esa donde [debió] ser feliz viendo cómo [sus] alumnos terminaban de formarse y salían a construir un mundo distinto a este (Parra, 2019: 243).

La pena de Darío concuerda en parte con la de su antiguo mentor, pero quizá su tormento sea más hiriente. El personaje vivió esa sanguinaria jornada siendo adolescente, junto con su novia, Norma, y su hermano menor, Santiago. Los tres jóvenes atravesaron la ciudad y se vieron obligados a separarse para resguardarse del caos mientras evadían las ruinas de la ciudad, el fuego, los cadáveres de sus vecinos y la furia de los dos bandos. Darío caminó por calles sembradas de cuerpos de hombres, mujeres e infantes; y su novia fue secuestrada y violada. El muchacho “perdió la alegría espontánea, de quien ha vivido algo en verdad oscuro, terrible, sin salir indemne de ello” (Parra, 2019: 69). Lo ocurrido aquella noche oscurece la memoria de cómo era El Edén previo a su destrucción (Parra, 2019: 90), los recuerdos alegres de su vida ahí. Considera que quien “ve los cadáveres destripados de sus conocidos, de sus amigos, de sus seres queridos, tiene que intentar convertirse en otro; dejar eso atrás. Este es el que soy ahora, profe. Una ruina. Un fantasma. Igual que El Edén” (Parra, 2019: 119).

Ante el caos, algunos pobladores aprovechan el desgobierno para hurtar lo que pueden de sus vecinos acribillados. Darío se pregunta qué pasa con esa gente, con “esa ausencia total de lástima, de empatía” (Parra, 2019: 134). Así, El Edén pasó de tener una plaza “llena de bullicio, chiquillos, parejas, familias, vendedores” a ser un pueblo en ruinas, con “los edificios carbonizados, las viviendas hechas polvo y los cuerpos sin vida de muchos de sus habitantes regados por las calles” (Parra, 2019: 9).

Los personajes de *Laberinto* son ‘víctimas inocentes’, como la mayoría de quienes padecieron este horror desde 2006. No tienen nada que ver con ningún individuo o situación que explique los crímenes hacia ellos. Difieren de los afectados marcados por actos heroicos que entregan su vida para proteger, salvar, o evitar otro delito o injusticia. Se trata de personas aplastadas por la violencia circundante. En la literatura,

son específicamente diseñados y utilizados por el autor para otorgar voz e identidad a las víctimas de la violencia extrema, socializando textualmente los agentes del conflicto con el objetivo de proporcionarles entidad en escenarios que mediática y políticamente tienden hacia el anonimato estadístico (Tomás Cámara, 2017: 119).

En este sentido, la novela de Parra enfoca otra dimensión de la violencia extrema que no siempre es atendida. Si lo que trasciende de las notas informativas o de las investigaciones la mayoría de las veces es lo cuantitativo, *Laberinto* se centra en narrar las trayectorias de vida de los personajes y el trauma de los sobrevivientes.

De igual forma, el protagonista de *Toda la soledad del centro de la tierra*, de Luis Jorge Boone, es una víctima inocente, un niño conocido como el Chaparro, que se convierte en testigo y víctima de la brutalidad al emprender un viaje en busca de sus padres. Esta perspectiva, por un lado, visibiliza a un colectivo específico, las infancias, y, por otro, resulta una herramienta estético-política. Sin duda, el Chaparro es símbolo de los miles de menores de edad que han quedado en la orfandad y padecido graves secuelas físicas y emocionales producto de la violencia. A decir de Boone,

era la mejor perspectiva para poder contar la barbarie tan impactante del arrasamiento de un pueblo, pero quitándole el tremendismo y el amarillismo y dejando más bien la sensibilidad, esa visión del mundo de alguien que aún no empieza a juzgarlo, que todavía tiene esperanza e ilusión (Luis Jorge Boone, en Blasco, 2019).

En este sentido, resulta también una estrategia, ya que, como menciona Tomás Cámara, cuando la violencia extrema alcanza a los niños, “el grupo social más objetivamente vulnerable” (2017:

292), es señal de que se han traspasado niveles insospechados. Desde la literatura, esta voz expone cómo “se trastoca [...] nuestra concepción tradicional de una infancia” (Tomás Cámara, 2017: 292).

Aunada a esta inquietante visión, otra cualidad notable de esta obra, que contrasta con el realismo de *Laberinto*, radica en el estilo poético y alegórico capaz de definir otra manera de representar un aspecto de la violenta realidad mexicana. El urbicidio de Los Arroyos es relatado de forma alternativa por el Chaparro mientras sigue la pista de sus padres, y por un *sui generis* coro de muertos, desaparecidos, vivos y víctimas que cuentan sus experiencias. Una y otra narrativa conforman una sombría trama en la que resuena el fúnebre universo rulfiano de un hijo que busca a su progenitor maleante en un pueblo donde los difuntos hablan.

Lo referido por el coro conforma la crónica de la toma de Los Arroyos. Como señala Julián Herbert, estos testimonios, dispuestos en cursivas, en verso y en primera persona del plural, detallan “el proceso de exterminio de una comunidad [...] por parte de un espectral grupo” (2022: 32). Boone señala que se trata de:

[una] voz colectiva que suma todas las individualidades: mujeres, niños, hombres, muertos, vivos, los que nos quedamos, los que nos fuimos, los que desaparecieron e incluso los que cooperaron con los criminales... Todo un pueblo contándose a sí mismo cómo sucedieron las cosas (Luis Jorge Boone, en Blasco, 2019).

El nosotros y nosotras, como representación del pueblo, tiene la función de sensibilizar al lector sobre la tragedia del norte, pero también del sur, el este y oeste de México. El drama que les atañe a ellos es extensible a nosotros. Como señala Díaz Álvarez, “todos, en mayor o menor medida, hemos sido testigos involuntarios del horror. Somos, nos han hecho parte, de esta trama” (2021: 287).

Los Arroyos, desde luego, alude a la región de Los Manantiales donde, como vimos, se ubica Allende, Coahuila. La comunidad en la novela posee connotaciones positivas, como El Edén, considerado “un oasis en el desierto” (Boone, 2019: 27), pero también se convierte en un infierno al ser destruido de forma paulatina. Las tribulaciones inician cuando un par de residentes, reconocidos como los Alacranes, uno de ellos padre del Chaparro (Boone, 2019: 100), se integra al crimen organizado: “esos dos jodidos que nomás vieron la forma de chingar y chingaron [...] a todo el pueblo” (Boone, 2019: 155). Enceguecidos por la ambición, “se clavaron todo y se largaron” (Boone, 2019: 156). Para cobrar esta traición, el grupo del jefe invade las calles con camionetas y hombres armados para asesinar a los Alacranes junto con toda su prole, así como para extorsionar, levantar gente, asesinar y destruir. En medio de esta venganza, los pobladores dejaron de “ser seres humanos” y los “convirtieron en recados que se entregaban a todos y a nadie” (Boone, 2019: 39). La estética de la región pasa entonces a definirse por calles oscuras, llenas de escombros, vidrios rotos y fragmentos de casas “que se volvían a romper en pedazos más perdidos, haciendo por esconderse, para que no los vieran ya” (Boone, 2019: 85). Los Arroyos “dejó de ser el pueblo y se volvió un espectacular cosido de balazos” (Boone, 2019: 39). El terror “dejó muchos monumentos para que nunca lo vayamos a olvidar” (Boone, 2019: 159), afirman los habitantes, “testimonio y evidencia del daño que le acaece” al pueblo (Perea Tinajero, 2019: 74). Este horror es representado en *Toda la soledad del centro de la tierra* mediante tres eficaces imágenes: el juego de las escondidas, un patio bañado de sangre y un pozo sin fondo.

El Chaparro vive con su abuela porque sus padres lo abandonaron. Se encuentra en virtual orfandad, igual que el mismo pueblo de Los Arroyos. Como a muchos niños, le gusta jugar a las escondidas. En una ocasión permaneció tanto tiempo oculto, sin moverse ni hacer ruido, en la

penumbra, esperando pasar desapercibido para ganar, que amigos y familiares lo dejaron de buscar y comenzaron a preocuparse por su paradero. La diversión muta así a un eventual drama hasta que el Chaparro, cansado de esperar, decide salir de su escondite. En este inocente juego resuenan dos prácticas habituales de la violencia, una mortuoria, la desaparición de personas, y otra vital, ocultarse para sobrevivir. Las escondidas habla de los desaparecidos, de los que se ignora dónde están, pero también de quienes los buscan, esos que “viven una muerte ajena” (Boone, 2019: 81). Simboliza, asimismo, a la gente que se oculta de los hombres armados, de las camionetas negras con vidrios polarizados, del mal que azota al pueblo: “nos quedábamos, nos encerrábamos, nos callábamos, nos quedábamos quietos, apretábamos los ojos porque no nos parecía suficiente cerrarlos” (Boone, 2019: 23).

El patio ensangrentado es otra alegoría de la novela. Un día la cochera de doña Susana amanece cubierta de sangre, con manchas en “todas partes [...] ríos de un rojo intenso y oscuro [...] salpicones deformes como resacos gritos de horror” (Boone, 2019: 67). La mujer vive sola, su marido cruzó la frontera hace años y solo recibe de él dinero periódicamente que destina a construir su mansión, su “torresota de marfil” (Boone, 2019: 67). Una madrugada los criminales deciden usar “su casa como un confesionario” (Boone, 2019: 69). Sin tener a quien pedirle ayuda, resuelta, toma los utensilios de limpieza para recuperar la dignidad de su hogar, pero poco dura aseado, ya que, al cuarto día, “la sangre había invadido [de nuevo] la entrada” (Boone, 2019: 70). Una vez más no cesa en su empeño y vuelve a limpiar. Tras un par de días aparece de “nuevo el horror de la sangre” (Boone, 2019: 71). Decide entonces pintar por entero de rojo paredes, pisos, ventanas: “Todo lucía un color sangre que no iba a limpiarse nunca” (Boone, 2019: 73). Esta imagen no cuesta asociarla a la historia reciente del país que, como la morada de doña Susana, se ha colmado de sangre derramada, un

hecho habitual que se extiende por todo el territorio. La violencia ha subyugado la vida de decenas de poblaciones.

Finalmente, el pozo sin fondo de la novela, en donde arrojan tanto a vivos como a muertos, resulta la metáfora de miles de fosas comunes encontradas en distintos puntos de México durante los últimos 20 años, “ese pinche pozo [que] se ha tragado a más gente de la que se pueden imaginar” (Boone, 2019: 61). Tan solo entre 2018 y 2023 “se han hallado 2835 fosas clandestinas en el país. 2835. Estas son solo la punta del *iceberg* de una realidad mucho más profunda y cruel” (Pérez Ricart, 2023). Y la cifra aumenta cada mes con el descubrimiento de nuevos hallazgos. La fosa común se ha convertido en “una forma específica de violencia homicida dolosa en el espacio colectivo” (Aguirre, 2016: 101). En La Bartolina, Tamaulipas, se encuentra el mayor campo de exterminio en el que se han encontrado restos de más de 425 cadáveres (Pérez Ricart, 2023).

Luis Jorge Boone, en *Toda la soledad del centro de la Tierra*, se pregunta qué vida es posible cuando esta es avasallada por la violencia extrema. Cómo continuar si hemos perdido “todo lo que tenemos / Lo que nos hace estar vivos / Y aun así seguimos vivos” (Boone, 2019: 56). El epígrafe de la novela, en este sentido, anticipa muy bien la intención del autor al abordar la masacre de Los Arroyos, que es la de Allende, la del país. Ese preámbulo, en palabras de Inés Arredondo, estremece: “La muerte da miedo, pero la vida mezclada, imbuida en la muerte, da un horror que tiene muy poco que ver con la muerte y con la vida” (Inés Arredondo, en Boone, 2019: 9).

APUNTES FINALES

Las masacres del narco, bajo la lógica del capitalismo salvaje (acumulación de riqueza, expansión, consumo, mercado) y de la expansión

militar, se han convertido en una aberrante forma de comunicación. Su reproducción alarmante se debe a una herencia de descomposición social, corrupción e impunidad.

Escritoras y escritores, atravesados por estos hechos, convertidos en involuntarios testigos intelectuales de esta infame época, aprovechan las posibilidades que brinda la literatura para representar tales acontecimientos mediante una diversidad de recursos, como visibilizar el rostro de las víctimas, denunciar la corrupción y complicidad del Estado mexicano, así como el fracaso de las estrategias de erradicación de la violencia; pero, sobre todo, buscan generar conciencia sobre esta realidad.

El dolor y el tormento provocado por estas masacres en los muertos, sobrevivientes, testigos y familiares de las personas involucradas en las atrocidades de los Zetas son insospechados e indecibles, pero las letras, gracias a una propiedad textual como el personaje literario, nos permiten “trasladar el conocimiento sobre una tragedia individual a un cuadro social explicativo de mayor envergadura” (Tomás Cámara, 2017: 11). No solo es la sangre derramada, se trata del conjunto de vidas arruinadas por la violencia que ha tatuado esa pesadilla en su memoria. El trauma individual y social perdura por años y generaciones. En tal sentido, las novelas basadas en estos hechos crean un “compromiso empático” porque la perspectiva de los personajes genera “no solo actividad emotiva sino también cognitiva” (Tomás Cámara, 2017: 119).

Estas obras, en particular, develan distintos ángulos de los agentes (víctimas y victimarios, testigos y sobrevivientes, funcionarios y periodistas) que han sido arrollados por la barbarie. Sobre las víctimas, tanto Eduardo Antonio Parra en *Laberinto*, como Luis Jorge Boone en *Toda la soledad del centro de la tierra*, se basan en lo sucedido en Ciudad Mier y Allende para narrar el dolor, el trauma, la destrucción y el sufrimiento de distintos actores, como el profesor y su estudiante, o un niño, respectivamente. En *La fila*

india, de Antonio Ortuño, los perjudicados son los cientos de migrantes centroamericanos que sufren una doble victimización; tanto en sus países de origen como en el tránsito por México. El trauma de los afectados directos e indirectos es similar al recuerdo imborrable que atormenta en el presente a los sobrevivientes y pobladores de Los Arroyos, a los que no les “dejaron de otra más que seguir vivos” (Boone, 2019: 140).

Algo que visibilizan estas novelas es esa zona gris generada por la violencia extrema de dos décadas y la participación social de personas que han permitido, callado o sido cómplices de matanzas. Esto podría explicar cómo es que las masacres en México, más allá de las cometidas por los Zetas, han sido reproducidas por otros grupos en distintas zonas del territorio nacional. Hemos visto, por ejemplo, cómo la sociedad rapa las pertenencias de los muertos en *Laberinto*; cómo un profesor de literatura secuestra y tortura a una joven migrante en *La fila india*; cómo unos mecánicos, los Alacranes, de la noche a la mañana se convierten en lugartenientes de un grupo de narcotraficantes y provocan la masacre de Los Arroyos en *Toda la soledad del centro de la tierra*.

Las novelas muestran cómo el ambiente de violencia degrada a las personas, las pervierte, obligándolas a ingresar a ese mundo donde la vida no importa y la frontera entre víctima y perpetrador es ambigua o, a veces, inexistente. A decir de Primo Levy, en la zona gris los contornos están “mal definidos [...] separa y une al mismo tiempo a los bandos de patrones y siervos. Su estructura interna es extremadamente compleja y no le falta ningún elemento para dificultar el juicio” (2019: 39).

Cada territorio conquistado por los Zetas requería de fuerzas aliadas y la mejor forma de mantener a los involucrados como cómplices era cargándolos de “culpabilidad, ensangrentarlos, comprometerlos lo más posible”, como lo identificó Levy en los campos de concentración (2019: 38). El terror infundido por los narcos alienta la

“disposición de colaborar con el poder” (Levy, 2019: 40). En otros casos, los criminales heredan un estilo de vida delictivo. En *La fila india*, un funcionario es introducido en la trata por su padrastro. El racismo también podría formar parte de las ideas en torno a esta zona gris. El odio hacia los centroamericanos constituye una narrativa tóxica que estimula desde la indiferencia hacia el sufrimiento de los indocumentados hasta el maltrato y asesinato en masa.

Tampoco puede minimizarse la participación de las instituciones de gobierno en todos sus niveles, o el grado de descomposición interna que imposibilita el cumplimiento de sus funciones de acuerdo con una ética vicaria de la dignidad humana y la justicia. La corrupción e ineficacia de las autoridades para procurar o hacer justicia, sin olvidar el contexto racista hacia los centroamericanos, es representada por el escritor Antonio Ortuño en *La fila india* mediante una funcionaria de la CONAMI y un profesor universitario racista que abusa de una migrante.

Es así como estas tres novelas elaboran una cartografía de la violencia extrema en México, en específico, de las masacres. Con distintos acercamientos y estilos literarios, sus autores ahondan en las causas de esta brutalidad en masa que caracteriza a la sociedad de nuestro país (Gerlach, 2015). Dichas obras configuran un repertorio transautorial que, valiéndose de recursos artísticos, da forma a una narrativa alterna generadora de conocimiento histórico, social y político de las matanzas del siglo XXI en la región.

REFERENCIAS

- Aguayo Quezada, Sergio (2016), *En el desamparo. Los Zetas, el Estado, la sociedad y las víctimas de San Fernando, Tamaulipas (2010) y Allende, Coahuila (2011)*, México, El Colegio de México.
- Aguayo, Sergio y Jacobo Durán (2018), *El yugo Zeta. Norte de Coahuila, (2010-2011)*, México, El Colegio de México.
- Aguirre, Arturo (2016), *Nuestro espacio doliente. Reiteraciones para pensar en el México contemporáneo*, México, Afinita Editorial/Benemerita Universidad Autónoma de Puebla.
- Baez Gil, Eduardo Yahair (2019), “Ciudades heridas: sobre la violencia en el espacio habitado de las ciudades mexicanas del siglo XXI”, en Arturo Aguirre Moreno y Juan Carlos Ayala Barrón (coords.), *Tiempos sombríos: violencia en el México contemporáneo*, Buenos Aires, Biblos, pp. 93-105.
- Berumen, Humberto Félix (2021), “Violencia y literatura. La mediación productiva”, en Francisco Javier Hernández Quezada (coord.), *Literaturas y discursos sobre la violencia en el norte de México*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, pp. 11-28.
- Blasco, Lucía (2019), “Toda la soledad del centro de la tierra: cuando jugar a las escondidas puede resultar peligroso”, en *BBC News Mundo*, 8 de septiembre de 2019, Londres.
- Boone, Luis Jorge (2019), *Toda la soledad del centro de la tierra*, México, Alfaguara.
- Cairati, Elisa (2014), “Antonio Ortuño. *La fila india*”, *Altre Modemita*, Numero speciale: Migrazioni, diaspora, esilio nelle letterature e culture ispanoamericane, pp. 270-273.
- Cedillo, Juan Alberto (2012), “El apocalipsis en Coahuila”, en *Proceso*, 24 de diciembre de 2012, México, disponible en: <http://proceso.com.mx/reportajes/2012/12/24/el-apocalipsis-en-coahuila-112377.html>
- Cedillo, Juan Alberto (2023), *La masacre de Allende. Crónica de un crimen de estado*, México, Terracota.
- Chávez Flores, Ian Yatlanezi (2018), “Mythos y logos: hacia un análisis de la migración en *La fila india*, de Antonio Ortuño”, *La Colmena*, núm. 100, pp. 35-64.
- Díaz Álvarez, Enrique (2021), *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia*, Barcelona, Anagrama.
- Falomir Archambault, Elizabeth (2011), “Introducción”, en Achille Mbembe, *Necropolítica*, Tenerife, Melusina, pp. 9-16.
- Gándara, Sugeyry Romina (2023), “Un juez declara culpables a 12 policías de Tamaulipas por la masacre de Camargo”, en *Sin Embargo*, 15 septiembre de 2023, México, disponible en: <https://www.sinembargo.mx/14-09-2023/4409943>
- Gerlach, Christian (2015), *Sociedades extremadamente violentas. La violencia en masa en el mundo del siglo XX*, México, FCE.
- Herbert, Julian (2022), “Personaje en palimpsesto”, en *Letras Libres*, núm. 277, pp. 30-35.
- Hernández Quezada, Francisco Javier y Julián Beltrán Pérez (2021), “‘La hora del enfrentamiento’: *Laberinto* (2019), de Eduardo Antonio Parra”, en Francisco Javier Hernández Quezada (coord.), *Literaturas y discursos sobre la violencia en el norte de México*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, pp. 69-81.
- Instituto Nacional de Migración (INM), (28 de marzo de 2023), “Comunicado de Prensa. No. 201/23” [comunicado de prensa], disponible en: <https://www.gob.mx/inm/prensa/inm-informa-330098?idiom=es>
- Levy, Primo (2019), *Los hundidos y los salvados*, México, Austral.
- Medina Montero, R. (2021), “Arde el lugar de la memoria: *El laberinto* de Eduardo Antonio Parra”, *Fuimos Peces*, núm. 16.
- Ortuño, Antonio (2013), *La fila india*, México, Océano.
- Osomo, Diego Enrique (2016), “A cinco años del manantial masacrado”, en *VICE*, 17 de julio de 2026, disponible en: <https://www.vice.com/es/article/el-manantial-masacrado/>
- París Pombo, Maria Dolores (2017), *Violencias y migraciones centroamericanas en México*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.

- Parra, Eduardo Antonio (2019), *Laberinto*, México, Penguin Random House.
- Perea Tinajero, Giovanni (2019), “Consideraciones espaciales para pensar la destrucción de las ciudades”, en Arturo Aguirre Moreno y Juan Carlos Ayala Barrón (coords.), *Tiempos sombríos. Violencia en el México contemporáneo*, Buenos Aires, Biblos, pp. 71-93.
- Pérez Ricart, Carlos A. (2023), “Desaparecidos y la Comisión de Búsqueda”, en *Sin Embargo*, 31 de agosto de 2023, México.
- Rea, Daniela y Pablo Ferri (2019), *La tropa. Por qué mata un soldado*, México, Penguin Random House.
- Sofsky, Wolfgang (2006), *Tratado sobre la violencia*, Madrid, Abada.
- Tomás Cámara, Dulcinea (2017), *África indócil. Una poética de la violencia en la literatura africana contemporánea*, Madrid, Verbum.
- Turati, Marcela (2023), *San Fernando: última parada. Viaje al crimen autorizado en Tamaulipas*, México, Aguilar.
- Varela Huerta, Amarela (2017), “Las masacres de migrantes en san Fernando y Cadereyta: dos ejemplos de gubernamentalidad necropolítica”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 58, pp. 131-149.

JOSÉ SÁNCHEZ-CARBÓ. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca (USAL), España. Adscrito a la Universidad Iberoamericana Puebla (UIA), México. Sus intereses académicos son: narrativa contemporánea mexicana y centroamericana, cuento hispanoamericano, crítica latinoamericana, literatura de la violencia extrema (masacres y genocidios). Entre sus últimas publicaciones se encuentran: “‘¿Por qué alguien querría leer un libro así?’. *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio*, de Julián Herbert” (en Francisco Javier Hernández Quezada (coord.), *Literaturas y discursos sobre la violencia en el norte de México*, Universidad Autónoma de Baja California, 2021); “La raíz de las masacres. *El misterio de San Andrés*, de Dante Liano” (*Centroamericana*, vol. 32, núm. 1); y “Literaturas heterogéneas, sistemas literarios y sujeto heterogéneo en la obra crítica de Antonio Cornejo Polar” (en *Transculturaciones de la crítica literaria en Latinoamérica Vol. II. Resistencias y poéticas*, Editora Nómada, 2022).



Sin título (2023). Tinta sobre papel: Asdrúbal Max.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.